

# **Nuestro Señor está vivo**

William John HOCKING

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

1 - Presentación del tema de la predicación . . . . .	3
2 - El gran peligro del abatimiento ante las dificultades . . . . .	3
3 - Los cuidados del Señor hacia todos los suyos son constantes . . . . .	4
4 - La soledad del apóstol Juan en la isla de Patmos . . . . .	4
5 - Los grandes cambios fuera y dentro de la Iglesia desde el principio . . . . .	5
6 - ¿Puede Cristo olvidar a los suyos? . . . . .	6
7 - El autor evoca un episodio de los Evangelios . . . . .	6
8 - La voz del Señor resuena en los oídos del apóstol Juan en Patmos . . . . .	7
9 - La visión de un Señor en su gloria . . . . .	7
10 - La Palabra de Dios nos da la seguridad de que el Señor viene a nosotros en nuestras dificultades . . . . .	8
11 - La enseñanza de <a href="#">Juan 14</a> . . . . .	8
12 - La enseñanza de <a href="#">Mateo 28:20</a> . . . . .	8
13 - Una gran voz, como de trompeta . . . . .	9
14 - El Hijo del hombre en medio de las 7 lámparas de oro . . . . .	9
15 - Mirar hacia el Hijo del hombre . . . . .	10
16 - ¿Cómo adorar en espíritu y en verdad? . . . . .	10
17 - Juan a los pies del Señor como muerto . . . . .	10
18 - La voz del Señor . . . . .	11
19 - Él pone su mano derecha sobre nosotros . . . . .	12

20 - El consuelo de las palabras del Señor . . . . .	12
21 - La expresión «el primero y el último» aplicada a la Iglesia . . . . .	13
22 - Cristo cuida de su Iglesia más allá de las apariencias . . . . .	13
23 - Consideremos esta verdad de una manera práctica . . . . .	14
24 - Conocer la verdad y no olvidarla . . . . .	14
25 - Las palabras del Señor en <a href="#">Mateo 16:18</a> . . . . .	15
26 - Vivir con el pensamiento de la presencia del Señor a nuestro lado	15

Notas de una predicación sobre Apocalipsis 1:17-18  
pronunciada en Birmingham, el 1 de junio de 1914

«Y cuando lo vi, caí a sus pies como muerto; y él puso su derecha sobre mí, diciendo: No temas; yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto, y vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apoc. 1:17-18).

## 1 - Presentación del tema de la predicación

Ya hemos visto la gran esperanza del Nuevo Testamento: la bendita esperanza de la venida de nuestro Señor; no hace falta señalar ahora lo esencial que es que mantengamos esta esperanza en nuestros corazones. Sin embargo, hay otra verdad relacionada con ella que tendrá todo su valor y nos ayudará si la mantenemos ante nuestras almas. Me refiero a este aspecto de la verdad que nos asegura el interés actual de nuestro adorable Señor y Maestro por nuestro bien particular individual, así como por el bien de toda su Iglesia.

## 2 - El gran peligro del abatimiento ante las dificultades

A veces nos sentimos tan abrumados por nuestras propias preocupaciones y dificultades, y por las faltas que vemos en los demás, en sus vidas personales y en la Asamblea, que hasta cierto punto el espíritu de desaliento se apodera de nosotros. Al observar estas cosas, nuestra propia tibieza, nuestra falta de progreso, nuestra incapacidad para eliminar lo que se opone a nuestro avance, al contar los enemigos que nos rodean y la magnitud de las dificultades que están a nuestro alrededor, sentimos que todas estas cosas que están en nuestra contra son demasiadas para nosotros. Bajamos la cabeza y creemos que debemos rendirnos. Podríamos rendirnos si tuviéramos que librar la batalla por nuestros propios medios, si tuviéramos que aguantar con nuestra propia energía, si no hubiera nadie que nos apoyara, si no hubiera nadie que nos diera la gracia necesaria en ese momento.

### **3 - Los cuidados del Señor hacia todos los suyos son constantes**

Pero las Escrituras muestran que el Señor Jesucristo, nuestro Salvador, que, como sabemos, se sacrificó por nosotros en la cruz, y que, creemos y sabemos, dejó esta tierra y subió a los cielos en gloria, y que volverá a buscarnos para llevarnos a donde fue a prepararnos un lugar, esta persona bendita nunca deja de interesarse por nosotros y de proporcionarnos continuamente y en abundancia todo lo que necesitamos.

El Señor Jesucristo nunca abandona a sus santos; y nunca abandona a su Iglesia. No podemos contar a los miembros de este Cuerpo, pero él los conoce a todos. No conocemos a todos los que son suyos, pero Él conoce a cada uno de ellos, y todos están en sus manos, y su amor está sobre cada uno de ellos. ¿No es esto algo de lo que alegrarnos y que nos permite avanzar con una confianza mayor, seguros de que alcanzaremos la meta hacia la que nos apresuramos? Una vez que alcancemos esta meta, miraremos hacia atrás y alabaremos la gracia que nos ha permitido alcanzarla sanos y salvos.

### **4 - La soledad del apóstol Juan en la isla de Patmos**

El apóstol Juan recibió esta revelación del Señor Jesucristo en la isla de Patmos. No voy a decir nada sobre las profecías que se relatan en este libro, pero quiero llamar su atención principalmente sobre el hecho de que, en esta isla de Patmos, el Señor Jesucristo se apareció al apóstol Juan. Se le apareció como a uno de sus discípulos, un discípulo en la tribulación, un discípulo que había sido y era un testigo fiel de su nombre. Creo que, si pudiéramos transportarnos a esa isla, si pudiéramos entrar en los sentimientos de ese hombre santo, veríamos que tenía muchas razones para estar desanimado y abatido debido a las circunstancias de aquel momento.

## 5 - Los grandes cambios fuera y dentro de la Iglesia desde el principio

Consideremos los grandes cambios que Juan presenció desde la partida del Señor. Sabéis que cuando la Iglesia comenzó en Pentecostés, era una obra gloriosa en la tierra. Había un poder que reunía a hombres y mujeres en un nuevo centro, los unía, los vinculaba más estrechamente, y así todos avanzaban en el camino del discipulado hacia su Señor y Maestro, mientras el mundo los miraba con recelo.

Al principio, parecía que este nuevo poder en la tierra, un poder que se extendía a través de la predicación, iba a revolucionar el mundo entero y que los hombres, en todas partes, serían llevados rápidamente a invocar el nombre del Señor.

Hombres de alto rango recibieron el Evangelio como niños; abandonaron sus antiguas actividades y ocupaciones, y confesaron el nombre del Señor Jesucristo. Parecía que el mundo, como sistema sin Dios, iba a ser derrocado por el Evangelio, y que el Milenio, por usar la palabra en su sentido común, pronto vería la luz en la tierra.

Las Escrituras nos muestran que muy rápidamente se produjo un cambio en este aspecto de las cosas. Nos enseñan que el poder del mundo, que al principio parecía paralizado, se despertó con un espíritu de energía de persecución contra el Evangelio y contra los que seguían a Cristo. El mundo se levantó en su poder, decidido a borrar el nombre mismo del Señor Jesucristo. La persecución había comenzado, y ya era muy difícil de soportar.

Pero había algo más. Había corrupción en el seno mismo de la Iglesia. Había una vergonzosa caída de algunos hombres en relación con la verdad de los primeros días. ¿Se dan cuenta de lo que significó eso para los apóstoles? ¡Cuánto se alegraron al ver a los hombres recibir el Evangelio, al verlos seguir los pasos del Señor Jesucristo! Y luego ¡ver a esos mismos hombres dividirse, apartarse, abandonar el mismo nombre del Señor Jesucristo! Fue una prueba para estos hombres ver la levadura de la falsa doctrina obrando para corromper a los santos, mientras que al mismo tiempo el poder del mundo era tal que los apóstoles tenían la boca cerrada y no podían testificar, cuando podríamos pensar que la verdad necesitaba más un testimonio así. ¡Era posible para hombres malvados apoderarse de los santos siervos del Señor Jesucristo e infligirles una muerte vergonzosa y deshonorosa!

## 6 - ¿Puede Cristo olvidar a los suyos?

Sin embargo, estos discípulos seguían a Cristo: ¿dónde estaba entonces su Cristo? Se había ido y los había abandonado, y ellos llevaban una batalla perdida de antemano, abandonando las filas uno a uno; he aquí a Juan, el último de ellos, prisionero en Patmos, exiliado y con la boca cerrada. Cuánto hubiera deseado volver a ver a su Maestro como antes, pero allí estaba, solo. ¿Lo había olvidado Cristo, elevado en el cielo? ¿Estaba allí arriba y había olvidado a sus santos en apuros aquí abajo en la tierra? ¿Los dejaba solos para luchar contra el mundo, la carne y el diablo?

## 7 - El autor evoca un episodio de los Evangelios

Quizás los pensamientos de Juan se remontaban a aquella noche, mucho tiempo atrás, en el mar de Galilea. Recordaba cómo el Señor Jesucristo, de una manera extraña, los había hecho partir apresuradamente de la orilla, después de haber alimentado a las multitudes, y los había obligado a subir al bote. Les había ordenado partir y Él se había quedado solo en la orilla. Remaron sobre las aguas, y se levantó la tormenta, y fueron sacudidos y golpeados por las olas. Querían ir en una dirección, pero los vientos y las olas los empujaban en la otra dirección. Durante todo ese tiempo, su Maestro estuvo ausente. Ya habían experimentado otra tormenta en el lago, pero en ese momento él estaba presente. Estaba en la barca; dormía, pero seguía allí.

Ahora se planteaba la pregunta: ¿por qué les había ordenado alejarse de él? Pasaban las largas horas; transcurrían las guardias; la primera guardia, la segunda guardia y la tercera guardia los encontraban inclinados sobre sus remos. Todo parecía estar en su contra; la noche pasaba y Jesús no estaba allí. ¿Cómo se sintieron consolados sus corazones cuando, en el cuarto turno de la noche, lo vieron caminar sobre las olas, trazando su camino a través de esas circunstancias que eran tan desfavorables para ellos y contra las cuales luchaban y se debatían en vano!

Quizás se reprochaban su falta de fe, pero en realidad sus corazones estaban llenos de temor. Pensaron que veían un fantasma, pero finalmente conocieron su poder y su amor como nunca antes.

## 8 - La voz del Señor resuena en los oídos del apóstol Juan en Patmos

Quizá fue en ese momento cuando una voz conocida llegó a los oídos de Juan. Era un sonido de trompeta familiar, pero venía de un lugar inesperado. Tuvo que darse la vuelta para ver la visión que había detrás de él. Sus ojos se habían apartado de su amado Maestro. Queridos amigos, ¿no es esto una lección para nosotros? ¿No miramos tan a menudo las tormentas, las olas, las pruebas, las perplejidades; y decimos, ¿dónde está? ¿Dónde está Aquel que nos dijo?: «En el mundo tendréis tribulación; pero tened ánimo, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33). El mundo parece tan fuerte contra nosotros, y nosotros somos tan débiles.

¿Por qué sentimos esto? ¿Por qué no podemos estar seguros de la presencia de Aquel que nos ama? Es porque en ese momento miramos en la dirección equivocada. Sin embargo, él nunca deja de venir a nosotros. Los discípulos estaban abatidos y desesperados, pero el Señor vino a ellos sobre las olas, las que tanto los atormentaban, para reconfortarlos. En medio de la confusión en la que nos encontramos y de los enemigos que nos asaltan día tras día, tampoco dejaremos de ver al muy Amado venir a nosotros a través de las olas de la adversidad.

También es cierto que él viene de una manera que no siempre esperamos, y a menudo, para nuestra vergüenza, debemos volver y buscar la voz de Aquel que habla para nuestro consuelo. Él nunca fallará; él es fiel. Que esto quede escrito en nuestros corazones. Es la gloria de nuestro Maestro que seamos testigos fieles, mientras que él es «fiel y verdadero» (Apoc. 3:14) con aquellos a quienes ama y que atraviesan este mundo en camino al cielo.

## 9 - La visión de un Señor en su gloria

Pero la visión que tuvo el apóstol Juan fue una visión del Señor en su gloria, y deseo llamar su atención en particular sobre este aspecto. Podemos evocar de manera muy viva el hecho de que el Señor Jesucristo, al dejar este mundo, lo dejó en una actitud de bendición. Él dispensó una bendición de despedida a los que se quedaron aquí, y una nube lo recibió fuera de su vista (Lucas 24:50-51).

## 10 - La Palabra de Dios nos da la seguridad de que el Señor viene a nosotros en nuestras dificultades

No pensemos que nunca habrá una nube entre él y nosotros. Pero la Palabra de Dios nos da la certeza de que él viene a nosotros; Aquel que está glorificado viene a nosotros. Aquel que es resplandeciente y está por encima de todo en el cielo, viene ahora mismo.

## 11 - La enseñanza de Juan 14

Él viene a nosotros aquí abajo. En el capítulo 14 del Evangelio según Juan, el Señor habla primero de venir personalmente a buscar a los que deja en el mundo. Él dijo: «Si voy y os preparo un lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo» (v. 3). Pero si continúan leyendo este capítulo, verán que él sigue hablando de su venida. Luego dice: «No os dejaré huérfanos; yo vengo a vosotros» (v. 18). ¿Se refiere esto a su venida el día que todos esperamos, cuando nos recibirá junto a él? No. Entonces había hablado de la venida del Espíritu Santo, y es en relación con este acontecimiento que el Señor dijo: «Vengo a vosotros», estaré con vosotros. El Espíritu que fue enviado fue dado con el propósito de hacernos conocer y experimentar la presencia del Hijo en este mundo. El Espíritu Santo está presente en este momento para permitir que cada creyente sienta la compañía cercana de Aquel que está en la gloria.

## 12 - La enseñanza de Mateo 28:20

¿No recordamos esta otra promesa del Señor antes de su partida?: «Estoy con vosotros todos los días» (Mat. 28:20). Todos los días, todos los días de gozo y todos los días sombríos, los días de felicidad y los días de tristeza. “Siempre” significa que está con nosotros de manera ininterrumpida. Queridos amigos, a menudo hablamos del Señor Jesús como si fuera un amigo ausente. Nos gusta hablar de alguien a quien queremos pero que está lejos. Es bueno recibir noticias suyas, pero es mucho mejor cuando está presente con nosotros. El Señor Jesús siempre nos es querido, esté con nosotros o no. Pero si podemos verlo y escuchar su voz por fe, conscientes de su presencia muy cerca de nosotros, es una bendición aún mayor. ¿Es mucho pedir? Que cuando el Señor Jesús dijo: «Estoy con vosotros todos los días», ustedes y yo

podamos experimentarlo en nuestras almas todos los días, siendo capaces de comprender que realmente está con nosotros. ¿No era eso lo que quería decir?: «Estoy con vosotros todos los días».

## **13 - Una gran voz, como de trompeta**

Pero cuántas veces debe llegarnos la voz del Señor como la voz de una trompeta. Ahora bien, una trompeta sirve para despertar a los muertos. La trompeta se utiliza en las Escrituras para significar autoridad y llamamiento; el Señor debió hablar al apóstol amado, a aquel a quien amaba, con una voz semejante al trueno. Y Juan se volvió y lo vio. El apóstol vio su amor, con su compasión sin igual, pero también a esta maravillosa Persona ahora transfigurada. Ya había tenido una visión gloriosa en el monte santo, pero solo duró un instante. Juan no estaba preparado, se había asustado en ese momento; pero ahora era el día del Señor en Patmos, y estaba en el Espíritu. El Espíritu le dio testimonio de la gloria de su Maestro ausente, y al mirarlo, vio su poder. También vio la dignidad con la que estaba investido, su pureza, su santidad. Vio que todo daba testimonio de su poder y fuerza administrativa, y que el Señor vivo estaba en medio de los 7 candelabros de oro.

## **14 - El Hijo del hombre en medio de las 7 lámparas de oro**

Toda la Iglesia de Dios estaba representada por este símbolo de las lámparas, y Jesús era visto en medio, el lugar que siempre debe ocupar. Si solo hay 2 o 3 personas reunidas en su nombre, él vendrá para estar en medio. Así, se le veía en medio de las 7 lámparas de oro. ¿Las había abandonado? ¿Estaba allí arriba en la gloria, indiferente a la prueba que estaba sufriendo su Iglesia, azotada por los vientos y las olas de la persecución? No, estaba en medio. Y miren bien en su mano derecha: hay 7 estrellas. Hay una estrella para cada iglesia, e incluso una estrella para Laodicea. No se conformará con 6, tendrá 7. Sostiene en su poderosa mano las 7 estrellas.

## 15 - Mirar hacia el Hijo del hombre

Queridos amigos, no nos desanimemos, no perdamos el valor, no nos dejemos abrumar por el cansancio ante las cosas que nos rodean. Miremos a este Hombre glorioso y poderoso, y a lo que sostiene en su mano derecha. Mantendrá las 7 estrellas hasta el final. Así lo vio el apóstol. El efecto sobre el apóstol exiliado fue notable. Era lo que había esperar de Juan, que estaba tan apegado en su corazón a su Maestro. Cuando lo vio, cayó a sus pies como un muerto. ¿Por qué esa postración? Más bien podríamos preguntarnos: ¿Cómo pudo mantenerse en pie en presencia de tal gloria? *Tenía que arrodillarse.*

## 16 - ¿Cómo adorar en espíritu y en verdad?

Queridos amigos, siempre que, en el poder del Espíritu de Dios, tenemos una visión del Señor Jesucristo por fe, adoptamos una actitud correcta de adoración. Muchos, jóvenes y viejos, se esfuerzan en vano por entrar en un estado de adoración. La adoración no se fuerza, es espontánea. Brota como una fuente. ¿Qué la hace brotar? La fuerza que la sustenta, por supuesto. Se reúnen, 2 o 3, y una Persona invisible está presente. Les corresponde a ustedes ver Su gloria. No dejen que ninguna distracción les moleste. No dejen que ningún ruido les perturbe. No, asegúrense de que todas estas cosas sean olvidadas y que, al estar juntos, tengan ante ustedes, de manera viva, a la Persona del Señor Jesucristo. Entonces todo irá bien, porque estarán en comunión con las operaciones del Espíritu de Dios. El Espíritu Santo está ahí para revelar las perfecciones de la persona de Cristo, y yo solo puedo verlo si el Espíritu Santo actúa en mi corazón de tal manera que lo veo por fe; entonces puedo y debo adorarlo. Así nace la adoración en espíritu y en verdad, y para ello es necesario que el corazón esté preparado para expresarse de esta manera.

## 17 - Juan a los pies del Señor como muerto

Juan nos dice que cayó a sus pies «como muerto» ([Apoc. 1:17](#)). No sé si fue así, pero tal vez había estado demasiado seguro de sí mismo. Quizá había pensado, como Elías, que todo el mundo se había equivocado y que él era el único que tenía razón. Quizá haya dicho: “Aquí estoy en la isla de Patmos, ¿y qué será de la Iglesia sin mí?”

Se irá a la ruina porque yo, el último de los apóstoles, no estoy aquí para ocuparme de ella”. Entonces el Señor debió decirle: “Me has olvidado; me has dejado de lado”. Si Juan cometió este error, se sintió como un cadáver impotente, en lo que respecta a su vida y su fuerza.

Es en esta actitud de dependencia que debemos estar en presencia del Señor Jesucristo, y así se manifestará a nosotros el amor del Señor Jesucristo. Juan ocupó el lugar que le correspondía ante el Señor. ¿Le había hecho daño? ¿Quién no lo ha hecho en su corazón? ¿Quién no ha pensado en sí mismo de manera impía e inapropiada? ¿Cuántas veces nos acercamos a su Persona, e incluso hablamos ligeramente de lo que es y de lo que se ha convertido; cuán poco sabemos de estas cosas y del maravilloso misterio de su muerte! ¿Quién podrá comprenderlas? Mantengamos los pies descalzos en presencia de su gloria. El Espíritu ha hablado de él en su Palabra, y debemos considerar esta Palabra, pero guardarnos de pensamientos inquisitivos e inapropiados que buscarían penetrar más allá de la Palabra revelada. Un día estaremos en la Casa del Padre, y entonces podremos comprender la gloria de Aquel en quien creemos ahora.

## **18 - La voz del Señor**

Pero vemos aquí que el Señor puso su mano derecha sobre el que estaba tendido delante de él, y que le dirigió estas palabras precisas. Ya no era con una gran voz «como de trompeta», ni «como el estruendo de muchas aguas», era la misma voz suave que había oído hacía tanto tiempo, la voz de Jesucristo, la misma ayer, hoy y siempre.

Pero también podemos recordar aquella noche en el mar de Galilea, cuando los discípulos estaban tan cansados y agotados, justo antes del amanecer, y apareció la brillante estrella de la mañana. Lo primero que oyeron los apóstoles fue la voz del Señor hablándoles, pero el miedo se apoderó de su corazón, y el Maestro lo sabía. El miedo a menudo nos engaña, como los engañó a ellos, de modo que tomaron al Señor por un fantasma. Pero el amor ahuyenta el temor.

## 19 - Él pone su mano derecha sobre nosotros

Deberíamos tener un espíritu de confianza en todo momento, pero, si no es así, él viene de todos modos. No nos abandona, sino que viene y, con su mano derecha sobre nosotros, disipa la melancolía de nuestros corazones. Esta acción de amor era característica de él cuando estaba aquí. No se trataba de un simple ejercicio de poder por parte de nuestro Señor. Él tomaba a los débiles y a los que sufrían. Los elevaba, poniéndose en contacto con ellos en su situación. Y así fue con el apóstol asustado y atemorizado. El Señor se acercó a él, poniendo su mano derecha sobre él, y creo que debió haber una fuerza que entonces atravesó a Juan al contacto con su Maestro. Creo que el hombre impotente se sintió transformado por el poder en ese momento. El toque del ser amado estaba sobre él, y la palabra en su oído era: «No temas».

Creo que no es exagerado suponer que a veces podemos tener temor de él, especialmente si le hemos hecho daño, si hemos abusado de su gracia hacia nosotros y si hemos faltado a nuestras responsabilidades hacia él. Entonces surge este sentimiento de temor, una desconfianza, un temor de que su corazón se aparte de nosotros, de que cuando abra su boca, esta espada afilada nos atraviese. Sentimos que seremos juzgados y condenados. Sin embargo, él no viene a nosotros de esta manera. Él realmente viene como el Todopoderoso, pero sus palabras son: «No temas». “No tenéis que temerme. Yo soy siempre Aquel que cuida de vosotros. Yo soy siempre Aquel que os sostiene. Yo soy siempre Aquel que nunca os dejará ni os abandonará”.

## 20 - El consuelo de las palabras del Señor

He aquí un gran consuelo para nosotros, queridos amigos. Quizá temamos al mundo. Quizá temamos a los poderes que están en contra nuestra. Esta palabra, «no temas», nos llega de nuevo con un poder tranquilizador. Si él está a favor nuestro, ¿quién puede estar en contra? Y el Señor siguió insistiendo en este punto al dirigirse a Juan, presentándose ante él en el poder de su Persona y de su resurrección. «No temas», le dijo al apóstol, «yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto, y vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (vean [Apoc. 1:14-20](#)).

Aquí, el Señor habla de sí mismo como «el primero y el último», expresión que encontramos varias veces en el profeta Isaías, y allí, la frase está relacionada con el ser de Dios mismo. Solo él es el primero y el último. ¿Quién más podría ser el

principio y el fin? Aunque este término se aplica al Hijo, ¿no podemos considerarlo aquí en relación con la Iglesia de Dios?

## **21 - La expresión «el primero y el último» aplicada a la Iglesia**

¿Con quién comenzó la Iglesia? La Iglesia comenzó con un Salvador resucitado y glorificado; así es como el apóstol Pedro explicó las maravillas que ocurrieron en Jerusalén el día de Pentecostés. Explicó muy claramente que Dios había hecho a Jesús, a quien los judíos habían crucificado, «Señor y Cristo» (Hec. 2:36). Fue exaltado en lo alto del cielo con una dignidad y gloria que sobrepasa a todos los principados y potestades celestiales, y se han cumplido cosas tan poderosas. Hombres y mujeres han sido convencidos de sus pecados, y cuando se han vuelto a él con fe, han encontrado paz para su conciencia y su corazón.

Además, el Espíritu Santo poseyó sus almas, y así se unieron a él en los cielos. Él es el primero en lo que respecta a la Iglesia, y él es el último. Él es quien une a esta Iglesia en una unidad invisible e indivisible. Él es quien hace el centro y la circunferencia de la Iglesia de Dios.

## **22 - Cristo cuida de su Iglesia más allá de las apariencias**

Teniendo en cuenta la seguridad que ofrece el Señor mismo, no debemos preocuparnos demasiado por la aparente caída de la Iglesia de Dios. Hay alguien en medio de la Iglesia que la cuidará. El poder de Cristo nunca se perderá, nunca disminuirá ni será destruido. La unidad de la Iglesia en particular se manifestará, y sus bellezas resplandecerán a través de los infinitos siglos de la eternidad para la alabanza de Aquel que amó a la Iglesia y nos amó a nosotros, y que sí mismo se dio por ella y por nosotros. Su perfección y gloria finales no dependen de nosotros, sino de Aquel que es el «primero y el último».

Por supuesto, tenemos nuestras responsabilidades; pero mi tema es el siguiente: el Señor se ha comprometido a presentarnos ante Dios sin mancha ni arruga, ni nada

parecido. Puede hacerlo y lo hará, porque ha dicho: «Yo soy el primero y el último». Luego habla de sí mismo como el Viviente. «El que vive» y, además: «Vivo por los siglos de los siglos».

Expresemos esta verdad de manera abstracta. Creemos en un Cristo vivo. Por supuesto, también creemos que Cristo murió. Sabemos que salió del sepulcro por el poder del Espíritu de Dios y por la gloria del Padre, que fue elevado y exaltado como vencedor de la muerte. Sabemos que resucitó. El que vive eternamente no está sujeto al poder de la muerte.

## **23 - Consideremos esta verdad de una manera práctica**

Pongamos esto en práctica. Él vela continuamente por nosotros y se interesa por nuestro bien. Él está siempre con nosotros. El Cristo vivo nunca puede morir. Mis ojos pueden estar fijos en las cosas terrenales, pero mi Cristo nunca puede morir. «El que vive, y estuve muerto y vivo por los siglos de los siglos». Debemos caminar en el poder de esta verdad día tras día. El Cristo vivo, ¿dónde está? Está ahí para guardarnos continuamente y guiarnos con seguridad. No dudemos de él ni desconfiemos de él. Él no nos dejará caer. Él vive y cuando él habla de vida, eso también significa actividad. Eso no implica solo que él no está muerto, sino que él vive para nosotros, que él vive para nosotros en gloria, que él nos desea para él, y que él nos guía, proveyéndonos de todo lo que necesitamos.

## **24 - Conocer la verdad y no olvidarla**

Dirán ustedes que hablo de cosas que conocen perfectamente, y soy consciente de ello. Pero podemos conocer aún más su poder, si tan solo podemos ver, conocer y hacer en nuestros corazones algo del valor que el Señor vivo tiene para nosotros. Pueden ustedes decir: “Lo he experimentado durante muchos años”, y puede parecer mucho tiempo cuando mira hacia atrás. Pero piensen en el apóstol Juan, que vivió mucho tiempo. El Señor se le apareció en Patmos. Era necesario que Su mano derecha se posara sobre él, y que el familiar dicho volviera a este anciano discípulo de Cristo: «No temas», y que recibiera el recordatorio: «El que vive, y estuve muerto,

y vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades».

## **25 - Las palabras del Señor en Mateo 16:18**

¿Qué prometió el Señor cuando habló de edificar su Iglesia? ¿No fue que las puertas del Hades nunca prevalecerían contra su congregación? He aquí la firme seguridad: «Tengo las llaves de la muerte y del Hades». La permanencia de la Iglesia de Dios es, por tanto, la prueba del poder y del amor del Señor Jesucristo.

Recordemos, pues, que si el Señor está vivo para nosotros allá arriba, también está con nosotros aquí abajo. ¿No confesó el apóstol Pablo que cuando estaba en gran peligro y tuvo que presentarse ante sus enemigos en Jerusalén, el Señor estaba a su lado? Sentía a esta gloriosa Persona a su lado, y se sentía fuerte por Su fuerza y confiado en su Palabra.

## **26 - Vivir con el pensamiento de la presencia del Señor a nuestro lado**

El Señor estaba al lado de Pablo. Veamos por no olvidar la presencia invisible del Señor Jesucristo. Esta maravillosa revelación de su Palabra es necesaria para que podamos pensar en Aquel que atravesó los cielos y en cuyas manos se ha entregado todo poder en los cielos y en la tierra, en Aquel ante quien rinden homenaje los ejércitos celestiales. Sin embargo, de esta gloria resplandeciente, donde ordena el gobierno de innumerables mundos, viene a llevar los dolores de sus santos. ¡Elige a un individuo entre unos 280.000.000 de habitantes de la tierra y pone su mano derecha sobre un exiliado solitario en Patmos!

Queridos amigos, pueden conocer y sentir algo de esta hermosa experiencia cristiana. Está al alcance de cada uno de nosotros. Podemos percibir día tras día, y hora tras hora, la presencia inmediata del Señor y Maestro que esperamos. Sería bueno para nosotros que así fuera para todos. Sería bueno para nosotros que se disiparan las nieblas que nos impiden verlo, y que los ojos de nuestra fe, aún oscurecidos, se fortalezcan para ver a Aquel que está continuamente con nosotros. Meditemos, pues, en esta revelación que el Señor ha hecho de sí mismo. Veamos cómo el Señor se esfuerza por hacer comprender a los que aún están en el mundo que no los deja-

rá solos. Estará con nosotros tan realmente como cuando caminaba por el mundo. Cuando se fue, dijo: «No se turbe vuestro corazón; ¡creéis en Dios, creed también en mí!» (Juan 14:1). Y bien, mis queridos amigos, les pregunto: ¿Creemos en el Señor Jesucristo como creemos en Dios? Él es Aquel que siempre está presente con nosotros; y si lo tenemos con nosotros, que cada uno pueda decir “¿De quién tendré temor?”.